

alas tan débiles, hubiera salvado el vasto intervalo que separa los continentes...? Su especie es particular de la América meridional. Al volar estiende y alarga su cola; pero su vuelo no es tan ligero ni sostenido como el de los papagayos. No puede resistir al viento, y los huracanes destruyen muchas de estas aves.

«Habitan los parajes cultivados ó los que antiguamente lo fueron, y jamás se las ve en los bosques frondosos. Aliméntanse de diversas especies de semillas y de frutos y granos del país, como mijo, maíz, arroz, etc. En tiempo de escasez persiguen á las orugas y otros insectos. Su canto es mas bien un chillido ó un piar muy sencillo; y aunque sea á veces mas variado, es siempre ágrío y desagradable. Múdale segun son las pasiones que le agitan. No bien percibe algun gato ú otro animal dañino, avisa al instante á sus compañeros con un grito muy perceptible, el que prolonga y repite mientras dura el peligro. Es sobre todo notable su temor cuando cria sus polluelos, porque no cesa de agitarse y volar al rededor de su nido. Viven en sociedad, aunque no forman tan numerosas bandadas como los estorninos; no se apartan un punto los unos de los otros: antes del tiempo en que ponen vense machos y hembras en gran número trabajar en la construcción de un nido; en se-

guida muchas hembras empollar juntas cada cual sus huevos y criar sus polluelos. Es tanto mas admirable esta armonía, cuanto el amor entre los animales rompe continuamente los vínculos que los unian á otros individuos de su especie. Entran en calor muy temprano: desde el mes de febrero buscan los machos con ardor á las hembras; y al siguiente mes ya se ocupa la amorosa pareja en reunir los materiales para la construcción del nido. He dicho amorosa, porque ellos parecen serlo tanto como los gorriónes; y en la estacion que dura su ardor son mucho mas vivos y alegres que en cualquier otro tiempo... Anidan sobre los arbustos, en los cañetales, zarzales y los setos, y colocan el nido en el paraje donde el tronco se divide en muchas ramas. Cuando muchas hembras anidan juntas, la mas precisada no espera á las demas, que mientras que ella empolla ensanchan el nido. Las hembras acostumbran, á medida que ponen, cubrir sus huevos con hojas ó tallos de yerba, precaución que no es ordinaria á las aves. Cubren igualmente sus huevos mientras la incubacion, cuando el cuidado de buscar alimento las precisa á dejarlos. Cuando empollan en un mismo nido no se incomodan mutuamente como las gallinas en una cesta comun; colócanse las unas despues de las otras; algunas antes de

poner forman con tallos una separacion en el nido para colocar juntos sus huevos, y en el caso de mezclarse unos con otros, una sola hembra los empolla todos; y es de ver como los reúne, amontona y cubre con hojas para que se reparta el calor y no se disipe. Cada hembra pone muchos huevos. Su nido es sólido aunque tosco, y constrúyenlo con tallos de plantas filamentosas, ramas de limonero y otros arbustos: solamente lo interior está acolchado y cubierto de hojas tiernas que pronto se marchitan; y sobre este hojoso lecho depositan sus huevos. Sus nidos son muy anchos de boca, sus orillas muy elevadas; hay algunos, cuyo diámetro pasa de veinte y una pulgadas; pero su capacidad depende del número de hembras que han de poner en él. Dificil seria decir con certeza si cada una de las hembras que ponen en un mismo nido tiene su macho: tal vez baste un macho á muchas hembras; por lo que se ven estas obligadas á reunirse al tiempo de construir los nidos; en cuyo caso no podríamos atribuir su union á la amistad sino á la necesidad que unas de otras tienen. Sus huevos son del tamaño de los del palomo, su color es verdemar uniforme, pues no tienen manchitas en las estremidades como la mayor parte de las aves silvestres. Parece que ponen dos ó tres veces al año; pero

esto depende del éxito de la primera cria, que si es feliz, aguardan el fin de la estacion antes de empezar otra; pero si no llegó con bien, si les han quitado los huevos, ó se los han comido las culebras ó ratas, empiezan otra cria poco despues de la primera: á fines de julio ó por todo agosto empiezan la tercera. Lo cierto es que en los meses de marzo, mayo y agosto se encuentran nidos de estas aves. Por fin, son fáciles de domesticar; y dicese que cogiéndolas jóvenes se las puede educar como á los papagayos y enseñarles á hablar, á pesar de que su lengua aplanada y que termina en punta se diferencia mucho de la del papagayo, que es carnosa, espesa y redondeada.

La misma amistad, la misma armonia que en nada se altera durante la incubacion, continúa así que los polluelos han nacido; y las madres, despues de haber empollado juntas, dan sucesivamente de comer á la parva. Los machos las ayudan á buscar los alimentos. Pero si las hembras empollaron separadamente, tambien crian aparte sus polluelos, sin que por esto nazcan celos. Tráenles la comida, que reparten por turno, y los polluelos la toman indiferentemente de todas las madres. La clase de alimento que les dan depende de la estacion, y consiste en orugas, gusanos ó insectos, frutos,

semillas, como mijo, maiz, arroz, avena, etc. Al cabo de algunas semanas ha adquirido ya la parva fuerzas bastantes para aventurarse al vuelo; pero no se aleja mucho: poco despues van á recogerse junto á sus padres sobre los arbus-tos, y entonces es cuando se apoderan de ellos las aves de rapiña.

El aní no es ave dañina; no devasta los arro-zales como el mirlo; no come las almendras del coco como el carpintero (el pico); ni destruye los mijales como los papagayos y cotorras.

EL HUTÚ Ó MOMOT (1).

Momotus brasiliensis. LATH.

Le conservamos á esta ave el nombre de hutú, que le dieron los naturales de Guayana, y que le conviene perfectamente, por ser el sonido de su voz. No salta que no articule distinta aunque

(1) Pudiera llamarse *motmot de Méjico*, por ser este un nombre mejicano que citó Fernandez denotando á esta ave; al paso que en el Brasil no se llama *mot-mot*, sino *guira-guai-numbi*, nombre que nos ha conservado Maregrave.

bruscamente *hutú*. Pronúncialo en tono grave, y creeria cualquier oír á un hombre; lo que bastaria para reconocer á esta ave cuando viva, ya esté libre ó domesticada.

Fernandez, el primero que habló del hutú, no reparó que le indicaba bajo dos diversos nombres; y esta falta ha sido copiada por todos los nomencladores, que tambien han hecho dos aves de una sola. Maregrave es el único entre los naturalistas que no se ha engañado. El error de Fernandez procede de haber visto una de estas aves con sola una penna sin barbas, y creyó ser esta una conformacion natural; cuando sucede lo contrario, porque todas las aves tienen por necesidad las pennas á pares y semejantes, así como los demas animales tienen las dos piernas ó los dos brazos uniformes. Parece pues que en el individuo que vió Fernandez la penna que faltaba habia sido arrancada ó se habia caido por accidente, pues los demas individuos no presentan semejante diferencia: por lo que puede presumirse con fundamento que esta segunda ave, que no tenía mas que una penna sin barbas, era un individuo mutilado.

El hutú es del tamaño de una urraca. Su longitud, hasta la estremidad de las grandes pennas de la cola, es de veinte pulgadas y una línea.

Tiene los dedos del modo que las arvelas, maquinas, etc.; pero lo que le distingue de estos animales y aun de todos los demas es la forma de su pico que, sin ser de longitud desproporcionada al grandor del cuerpo, es de figura cónica, torcido hácia abajo y dentellado en los bordes de ambas mandíbulas. Este carácter del pico bastaria tambien para reconocerle: tiene sin embargo otra cosa peculiar, y es que entre las dos largas plumas medias de la cola y á poca distancia de su estremidad deja un intervalo de cerca una pulgada y dos líneas de longitud, el cual queda del todo claro ó sin barbas, en términos que el tronco de la pluma se ve desnudo: esto sin embargo se observa tan solo en los adultos, porque en los jóvenes están estas plumas, como las demas, revestidas de barbas en toda su longitud. Creyeron algunos no ser cosa natural esa desnudez de plumas en la cola, atribuyéndola á un capricho del ave que tal vez arranca las barbas de sus plumas en aquel intervalo: sin embargo, se ha observado que en los jóvenes estas barbas son continuas y enteras, cuando á medida que envejecen se van acortando, de suerte que en los viejos desaparecen enteramente. No damos de esta ave una descripción mas detallada, por ser tan mezclados sus colores, que no fuera posible representarla me-

por que con la figura iluminada que de ella hemos dado, y mejor aun con la de Edwards, que es mas perfecta que la nuestra.

Observaremos con todo que en general varían los colores segun la edad ó el sexo, pues se han visto algunas de estas aves mucho menos manchadas que otras.

Criaselas dificilmente, por mas que Pison diga lo contrario; pues como se alimentan de insectos, no es fácil encontrárselos á su gusto. No se puede alimentar á las que se cogen viejas, porque se ponen tristes y desechan constantemente la comida. Es por otra parte ave silvestre y solitaria, que solo se encuentra en lo interior de los bosques; ni va en bandadas, ni á parejas; vésele casi siempre sola en el suelo ó sobre las ramas poco elevadas, pues por decirlo así, no vuela; da saltitos muy vivos, prorumpiendo precipitadamente en su grito de *hutú*. Dispiértase muy de mañana, y óyesela antes que las demas aves empiecen su canto. Mal informado estaba Pison cuando dijo que esta ave anidaba en los grandes árboles, pues no solo no hace allí su nido, sino que nunca sube á ellos, contentándose con buscar en el suelo algun agujero de armadillos ú otros pequeños cuadrúpedos, á donde conduce tallecitos de yerbas secas para depositar sus huevos, que por lo regular son dos. Por

último, estas aves son muy comunes en el interior de la Guayana; pero rara vez frecuentan los alrededores de poblado. Su carne es seca y no muy buena de comer. Engañóse tambien Pison diciendo que se alimentaban de frutos; y por ser este el tercer error en que ha incurrido con relacion á sus hábitos naturales, diríase con razon que aplicó los hechos históricos de otra ave á esta, que probablemente no conocia, y cuya descripcion nos dió despues de Marcgrave; pues ello es cierto que el hutú es el *guira-guai-numbi* de Marcgrave, que no se domestica fácilmente, que no es bueno de comer, y que en fin no posa ni anida sobre los árboles ni se alimenta de frutos, como supone Pison.

LAS ABUBILLAS, LOS PROMEROPES Y LOS ABEJARUCOS.

Si es cierto que las comparaciones son el mejor medio para venir en conocimiento de alguna cosa, eso será principalmente cuando se trate de objetos que tienen calidades comunes y que se parecen bajo muchos aspectos. Tales objetos nunca se comparan bastante, y jamás debe uno

cansarse de mirarlos bajo un mismo punto de vista: de ello nace una luz que frecuentemente señala diferencias reales donde no se percibieron mas que falsas analogías, por haber aislado los objetos y observádoles solamente uno despues de otro. Por esto he debido reunir en un solo artículo lo que he de decir en general sobre los tres géneros muy parecidos de las abubillas, los proméropes y los abejarucos.

Es bien conocida nuestra abubilla por su bello penacho doble, casi único en su especie; á mas de que no se parece á ningun otra sino es á la de los cacatúas por su pico largo, delgado y corvo, no menos que por sus pies cortos. La abubilla negra y blanca del Cabo difiere en mucho de la nuestra, especialmente por su pico mas corto y afilado, segun se verá en las descripciones; aunque ha sido preciso referirla á este género, que es el mas afine que conocemos.

Los proméropes presentan tanta analogía con el género de la abubilla, que, adoptando por un momento los principios de los metodistas, podria decirse que son abubillas sin moño; pero lo cierto es que son algo mas zancudos, y que comunmente tienen la cola mucho mas larga.

Los abejarucos se parecen por sus pies cortos asi á la abubilla como á la arvela, pero mas particularmente á esta por la singular disposi-

cion de sus dedos, de los cuales el medio está adherido al esterno hasta la tercera falange, y al inferior hasta la primera solamente. Su pico, que es bastante ancho y recio en la base, forma gradacion entre los delgados picos de las abubillas y proméropes por un lado, y por otro entre los largos, rectos y afilados de las arvelas: acércanse con todo algo más á aquéllos que á estos, porque viven como ellos de insectos, y no de pececillos como las arvelas; puesto que es bien sabido cuanto influyen á la eleccion de alimentos la fuerza y conformacion del pico.

Encuéntanse aun algunos vestigios de analogía entre el genero de los abejarucos y el de las arvelas. Primero, el bello color verdemar, que no es muy comun entre las aves de Europa, embellece el plumaje de entrambos. En segundo lugar, en la mayor parte de las especies de abejarucos las dos plumas intermedias de la cola esceden en mucho á las laterales; y la arvela nos presenta tambien en algunas especies el mismo esceso en dichas plumas. Ultimamente, ofréce-nos asimismo especies que tienen el pico algo corvo á semejanza de los abejarucos.

Por otra parte, por mas afines que sean los dos generos, la naturaleza siempre libre, fecunda siempre, ha sabido separarlos, ó por mejor decir, confundirlos entre sí por gradaciones

intermedias que llevan consigo mas ó menos caracteres del uno ó del otro, siendo abejarucos ó proméropes segun las partes que miramos. Yo atribuyo á este pequeño genero intermedio, ó si se quiere ambiguo, el nombre de *mélope*.

Esas diversas aves que tienen tanta semejanza entre sí, se parecen además por el tamaño. En cada uno de estos generos las especies mayores no lo son mas que los tordos, y las mas pequeñas tampoco lo son mas que los gorriones y papafigos; y si hay algunas escepciones son en corto número y las mismas que existen tambien en estos diferentes generos.

Por lo tocante al clima, no es el mismo para todos. Encuéntanse los proméropes en Asia, Africa y América; jamás se han visto en Europa; y si tuvieron su origen en el antiguo continente, debieron pasar al nuevo por el norte de Asia. La abubilla pertenece esclusivamente al antiguo; y digo otro tanto de los abejarucos, á pesar de encontrarse entre las figuras iluminadas la de un ave que lleva el nombre de abejaruco de Cayena. Hay razones poderosas para dudar que sea originario de esta isla: ornitólogos que han hecho muchos viajes á ella no le vieron nunca; y el individuo cuya copia se ve en dicha lámina es, hasta el presente, el único en Paris, sin embargo de ser en general muy comunes las

aves de Cayena. Por lo que mira á los dos abejarucos que dió Seba como procedentes del Brasil el uno y de Méjico el otro, no se nos oculta que la autoridad de Seba es sospechosa en esta parte; y tanto mas, por cuanto deberian ser estas las dos solas especies de abejarucos originarios del nuevo continente.

LA ABUBILLA.

Upupa epops. L.

Un autor muy acreditado en materia de ornitología (Belon) dijo que esta ave tomó su nombre del grande y bello moño que corona su cabeza: lo contrario hubiera dicho si atendiera á que el nombre latin de esta ave *upupa*, del que se formó el francés *huppe*, es no solamente anterior de algunos siglos á este, que significa en nuestra lengua un copete de plumas que adornan la cabeza de ciertas especies de aves, sino aun mas antiguo que nuestro mismo idioma, el que adoptó el nombre propio de la especie de que se trata para espresar en general su mas notable atributo.

Este penacho está naturalmente caído hácia

atrás, ya vuela ya coma la abubilla; en una palabra, mientras esté libre de toda agitacion interior (1). Tuve ocasion de ver á una de ellas que habia sido cogida en una red. Era ya vieja, ó por lo menos adulta, y por consiguiente tenia todos sus hábitos naturales. Su cariño hácia la persona que la cuidaba era violento en estremo y esclusivo; de suerte, que no parecia estar contenta mas que al verse sola con ella. Si entraba algun extraño, alzaba su copete por efecto de sorpresa ó inquietud, é iba á refugiarse sobre el cielo de una cama que se veia en la misma sala; aventurábase algunas veces á bajar de su asilo para volar hácia su ama; ocupábase únicamente de esta ama querida, y parecia no ver mas que á ella. Tenia dos cantos bien diferentes: el uno mas dulce, íntimo y tierno; el otro mas agrio y penetrante, que espresaba la cólera ó el espanto. Nunca la enjaulaban ni de día ni de noche, y érale permitido correr por toda la casa. A pesar de estar muchas veces abiertas las ventanas, jamás le provocó el deseo de escaparse, y su cariño pudo mas que el amor á la libertad. Con todo eso se escapó por fin; mas

(1) Dicese que busca el fuego, y que gusta estar echada delante de la chimenea. Esta de que voy á hablar era de la señorita Lemulier que casó despues con Mr. Dumesniel, coronel de caballeria.

fue por efecto del temor, pasion poderosa en los animales, puesto que nace del instinto de su propia conservacion. Huyó pues un dia en que la habia espantado la vista de algun objeto nuevo; pero alejóse muy poco, y no pudiendo volver á su albergue dejóse caer en la celda de una religiosa que tenia la ventana abierta: tan necesaria habia llegado á serle la sociedad del hombre. Aquí encontró la muerte porque no supieron qué darle para comer. Tres ó cuatro meses habia vivido en su primera condicion con un poco de pan y queso por toda comida. Otra abubilla fue alimentada diez y ocho meses con carne cruda (1); mirábala con pasion, y lanzábase para tomarla de la mano, y rehusaba la cocida. Tal apetito por la carne cruda indica una conformidad de naturaleza entre las aves de rapiña y las insectívoras, que pueden mirarse en efecto como aves de pequeña rapiña.

El alimento mas comun de la abubilla en estado de libertad son los insectos en general, y sobre todo los terrestres, por gustar mas posar en tierra que sobre los árboles (2). Llamo yo in-

(1) Gessner alimentó una con huevos duros; Olina con gusanos y corazon de buey, ó carnero cortado en tajaditas largas en forma de aquellos: encomienda sobre todo que no la enjaulen.

(2) Los árboles donde posa con mas gusto son los

sectos terrestres á los que pasan la vida ó por lo menos algunos períodos de ella, en la tierra ó su superficie: tales son los escarabajos, hormigas (1), gusanos, señoritas, abejas silvestres, muchas especies de orugas (2): este es el verdadero cebo que atrae las abubillas á los terrenos húmedos (3), que su largo y adelgazado pico puede fácilmente penetrar; esto es lo que en Egipto la determina, así como á otras muchas

saucos, mimbres y probablemente todos los que crecen en terrenos húmedos. Las domesticadas prefieren para posarse el suelo á las ramas.

(1) Frisch dice que con su largo pico escava los hormigueros para buscar huevos de hormiga. La que alimentó Gessner era en efecto muy golosa de ellos, pero rehusaba las hormigas.

(2) Salerno añade que limpia la casa de ratones, pero será sin duda persiguiéndolos y ahuyentándolos; porque es evidente que con tan delgado pico, débiles uñas y tan estrecho gáznate no podria apoderarse de ellos, ni devorarlos y mucho menos tragárselos enteros. Sábese que come tambien sustancias vegetales, entre otras bayas de mirto y uvas. Yo encontré en la molleja de las que he disecado, á mas de insectos y gusanos, unas veces yerba; otras pequeñas semillas, vástagos, granos redondos de una materia terrosa; á veces pequeñas piedras, y otras nada.

(3) El ir de esta manera por los lodos es la causa de encontrarle casi siempre los pies cazcarriños.

aves, á regular su marcha sobre la retirada de las aguas del Nilo, y á avanzar constantemente hácia sus orillas, porque á medida que el rio vuelve á su madre (1) deja sucesivamente en seco llanuras estercoladas de un lodo que el sol calienta y que pronto bulle con innumerable multitud de toda suerte de insectos (2); así es como las abubillas pasajeras están entonces muy gordas y son buenas de comer. He dicho las pasajeras, porque en el mismo pais las hay sedentarias que se ven muchas veces sobre las palmeras en los alrededores de Roseta, y que no se comen. Encuéntranse también estas en gran número en la ciudad del Cairo (3), donde con toda seguridad

(1) Este es el motivo porque la aparición de la abubilla en Egipto anunciaba á sus habitantes la retirada de las aguas del Nilo, y por consiguiente la estación de la siembra: por esto figuraba tanto en los geroglíficos egipcios.

(2) Entre otros, de una especie peculiar al Egipto, que se parece á la cochiulla. Deja asimismo el Nilo pequeñas ranas y también freza de rana en los parajes que inundó, pudiendo todo esto en caso de necesidad suplir á los insectos.

(3) Cómese su carne en Bolonia, Génova y otros puntos de Italia y Francia, así meridional como septentrional. Hay quien las prefiere á las codornices: ello es cierto que nuestras abubillas son de paso.

anidan sobre las azoteas de las casas (1). Puede fácilmente concebirse que son mejores para comer las que habitan lejos del hombre en las campiñas desiertas, que no las que viven en los alrededores de una ciudad populosa ó en los grandes caminos que á ella conducen: buscan las primeras su sustento, es decir, los insectos, entre el lodo y tierras húmedas, en una palabra, en el seno de la naturaleza; cuando las segundas lo verifican entre las inmundicias de toda especie que abundan donde se encuentran los hombres reunidos en gran número; cosa que no puede menos de inspirar hastío por las de las ciudades y dar mal humillo á su carne (2). Hay una tercera clase media entre las otras dos, que habiéndose establecido en nuestros jardines, encuentra allí orugas y gusanos de tierra para su alimento. Por último, convienen todos

(1) Estas dos últimas advertencias me han sido comunicadas por Mr. de Sonnini en dos cartas fechas 4 de setiembre y 5 de noviembre de 1777, del Cairo la una y de Roseta la otra.

(2) A estas abubillas de ciudad y sedentarias debe pues referirse lo que dice Belon, aunque tal vez con harta generalidad, de todas las abubillas: «que no vale nada su carne, y que no hay nadie en ningún país que quiera probarla. «Lo cierto es que era y es aun alimento inundo entre los Judíos.

en que la carne de esta ave, que pasa por tan sucia, no tiene otro defecto que un resabio de almizcle; siendo esta la razon porque los gatos, aunque tan golosos de las aves, no cazan á la abubilla (1).

En Egipto van las abubillas, segun dicen, en pequeñas bandadas, y cuando se ha separado una de ellas, llama á sus compañeras con un grito fuerte y agudo, en dos tiempos, *zi, zi* (2). En la mayor parte de los otros países van solas ó á lo mas en parejas. Alguna vez al tiempo de la emigracion encuéntrase en gran número en una misma comarca, pero son mas bien una multitud de individuos solitarios á quienes no une ningun vínculo social y que no pueden por consiguiente formar una verdadera bandada: por esto se escapan unas despues de otras cuando las ahuyentan.

Por otra parte, como tienen todas la misma organizacion, están afectadas y deben serlo por las mismas causas; y esta es la razon porque en sus viajes se dirigen todas á unos mismos cli-

(1) Indicanse muchos medios para hacer pasar ese gusto de almizcle: el mas generalmente recomendado es cortarla la cabeza luego despues de muerta. Sin embargo, las partes posteriores saben mas á almizcle que las anteriores.

(2) Nota comunicada por Sonnini.

mas, casi siguiendo el mismo camino. Encuéntrase esparcidas por casi todo el antiguo continente desde Suecia, en cuyas selvas habitan, y aun desde las Orcadas y la Laponia, hasta las Canarias y el cabo de Buena-Esperanza de un lado, y hasta las islas de Ceilan y Java de otro. En toda Europa, incluso los bellos climas de Grecia ó Italia, son aves pasajeras que no se ven durante el invierno. Hanse visto algunas veces en el mar; y algunos observadores (1) las colocan entre las aves que en la isla de Malta se ven pasar dos veces al año. Pero es fuerza confesar que no siguen siempre la misma direccion, por encontrarse en un año muchas en un mismo país, y pocas ó ninguna al siguiente: fuera de esto, hay países, como la Inglaterra, donde son muy raras y no anidan jamás; hay otros que evitan en todos tiempos, como el Bugey, á pesar de ser país montañoso: prueba de que no se agradan de las montañas, por lo menos no tanto como opinó Aristóteles. No es este el solo hecho que destruye el aserto del filósofo; porque las abubillas establecen todos los dias su domicilio en medio de nuestras llanuras, y con frecuencia se encuentran sobre los árboles solitarios que crecen en las islas arenosas, tales como

(1) Entre otros el comendador Mr. des Mazis.

la de Camarga en la Provenza (1). Frisch dice que tienen, como los picos, la facultad de trepar por la corteza de los árboles; cosa muy conforme á la analogía, por poner ellas como aquellos en los agujeros de los árboles. Aquí depositan muchas veces sus huevos, así como en las grietas de las paredes, sobre el mantillo ó polvo que de ordinario se encuentra en el fondo de esas cavidades, sin acolcharlos, dice Aristóteles con paja ni camita. Sin embargo, esta regla tiene sus escepciones, aparentes por lo menos: de seis parvas que me trajeron, cuatro en efecto ví sin cama; las otras dos tenían su colchon muy blando, compuesto de hojas, musgo, lana, plumas, etc. (2). No obstante, puede todo conciliarse, por ser muy posible que la abubilla no guarnezca jamás su nido de musgo ni otra cosa, pero que coloque alguna vez sus huevos en los agujeros que el año precedente ocuparon los

(1) Nota comunicada por el Marqués de Pielenc.

(2) Había en el fondo de uno de estos nidos como la cuarta parte de un celemin de musgo, restos de abejorros, algunos gusanillos escapados sin duda del pico de la madre ó de sus polluelos. Los seis árboles donde se encontraron estos nidos son tres guindos garrafales, dos encinas y un peral. El nido mas bajo estaba colocado á tres ó cuatro pies del suelo, los mas altos á diez.

picos, torcecuellos, paros y otras aves, cada cual siguiendo su instinto.

Hase dicho mucho tiempo ha y repetidose mucho que la abubilla enjalbegaba su nido con las materias mas infectas, de estiércol de lobo, zorro, caballo y vaca, de inmundicias de toda suerte de animales, sin escepcion del hombre (1); y se añade que lo hace para ahuyentar con el mal olor á los enemigos de su pollada (2): pero

(1) Es bastante singular que los antiguos, que miraban la abubilla como habitante de las montañas, los bosques y desiertos, la imputasen la costumbre de emplear para su nido los excrementos del hombre; y tambien es este un hecho particular mal generalizado. Es probable que una abubilla que empollaba amontonase sobre diversas inmundicias los insectos que destinaba para sus hijos; que se emporcase con ello, y hubiese hecho su nido: bastárale esto á un observador superficial para concluir que era un hábito comun á toda la especie.

(2) Se ha dicho tambien que lo hacia para romper los hechizos que pudieran echarse á su pollada, porque se la consideraba muy entendida en esta parte, pues conocia todas las yerbas que destruyen el efecto de las fascinaciones, las que vuelven la vista á los ciegos, y las que abren las puertas por seguras que estén. Algunos quisieron dar crédito á esta fábula, añadiendo otra no menos absurda. Eliano cuenta seriamente que habiendo un hombre cerrado tres

no prueba ningun hecho tal intencion ; porque la abubilla no tiene, como la sitela, la costumbre de empegar el orificio de su nido. Es por otra parte muy cierto que sus nidos son muy sucios é infectos, inconveniente que necesariamente resulta de su misma forma, que tiene muchas veces catorce, diez y siete, y hasta veinte y una pulgadas de profundidad. Cuando salen del huevo los polluelos, débiles aun, no pueden echar

veces consecutivas el nido de una abubilla, reconociendo muy bien la yerba de que se sirvió ella otras tantas para abrirlo, empleó felizmente la misma yerba para hechizar los cerrojos de las arcas. Hasta su muerte exalta poderosamente sus virtudes : su corazon, su hígado, etc., comidos con ciertas fórmulas misteriosas, aplicados ó suspendidos sobre diversas partes del cuerpo : comunican el don de profecía, curan las jaquecas, vuelven la perdida memoria, escitan al reposo, y procuran unos sueños agradables ó terribles, etc. En otro tiempo fue mirada en Inglaterra como ave de mal agüero, y aun hoy dia los Suecos miran su aparicion como un presagio de guerra. Parece que opinaban mejor los antiguos creyendo que anunciaba buena cosecha el oír su canto antes del tiempo en que solian empezar el cultivo de la vid : en efecto, vaticinaba apacible primavera ese canto prematuro, y por consiguiente, un año precoz, favorable á la vid y á la calidad de su fruto.

fuera su escremento: permanecen pues muy largo tiempo en medio de su inmundicia; de suerte, que no pueden tocarse sin emporcarse los dedos (1). De esto vino sin duda el proverbio: «sucio como una abubilla.» Pero induciríanos á error este proverbio si de él concluyésemos que la abubilla es propensa ó tiene hábito de suciedad. En tanto que solo procura lo necesario para sus polluelos, no percibe el mal olor; pero en cualquier otra circunstancia desmiente muy bien el refran. La abubilla de que hablé poco ha, no solo no se ensució nunca sobre su ama, ni sobre los muebles, ni en medio de la sala, sino que se retiraba siempre sobre el cielo de la cama donde se refugiaba cuando la espantaban; y no puede menos de confesarse la buena eleccion del sitio lejano á la vez, oculto y el menos accesible.

Ponen las hembras desde dos á siete huevos (2), mas comunmente cuatro ó cinco, casi

(1) Esto le sucedió á Schwenckfeld, siendo aun niño, queriendo sacar de una encina hueca una pollada de abubillas.

(2) Linceo y los autores de la *Zoologia británica* no hablan mas que de dos huevos; pero esto es tan raro, por lo menos en nuestro pais, como el caso de siete. Quizás son menos fecundas en los países mas septentrionales, tales como la Suecia.

del tamaño de los de perdiz; su color es parduzco, y no salen todos á un mismo tiempo. Trajéronme una cria, donde habia tres pequeñas abubillas de tamaño muy desigual: en la mayor las plumas largas de la cola tenian fuera del cañon veinte y una líneas; y en la mas pequeña, ocho solamente. Se ha visto muchas veces á la madre llevar de comer á sus hijos, pero jamas oí decir que hiciese el padre otro tanto. Como no se les ve en bandadas, es natural creer que se dispersa la familia desde que los hijuelos se ven en estado de volar; y esto es mas probable si es verdadero lo que dicen los autores de la *Ornitología italiana*, de que hagan tres crias al año. Los de la primera pueden ya volar á últimos de junio. A estos pocos hechos se reduce lo que he podido indagar sobre sus crias y la educacion de sus polluelos.

El grito del macho es *bu, bu* (1), *bu*, que se oye especialmente en la primavera y de muy

(1) Aristófano espresa así su canto: *epopoe, popo, popo, popoe, io, io, ito, ito, ito*: parece-me que les hace hablar un poco griego. De todos los nombres que se las han dado, el que mejor espresa su canto es el de *bubu*, bajo el cual son conocidas en Lorena y algunas otras provincias de Francia: *ποπιύγω* significa en griego cantar como una abubilla.

lejos. Los que le han escuchado con atencion pretenden haber observado diferentes inflexiones, diferentes acentos apropiados á diversas circunstancias; ya un gemido sordo que anuncia cercana lluvia, ya un grito mas agudo que advierte la aparicion de una zorra, etc. Esta observacion presenta cierta analogía con las dos voces de la abubilla domesticada de que hablé. Gustaba esta del sonido de los instrumentos: siempre que su ama tocaba el clave ó el bandolin, colocábase sobre ellos ó lo mas cerca posible; y manteníase allí en tanto que su ama no dejaba de tocar.

Preténdese que nunca va á beber á las fuentes, y que por esto muy rara vez se coge en los lazos ni menos en los bebederos. Es cierto que la que mataron en Inglaterra en el bosque de Epping habia huido de lazos que la tenian preparados antes de dispararla para cogerla viva; pero tampoco lo es menos que la domesticada que cité habia sido cogida muchas veces en la red, y que bebia de cuando en cuando metiendo con violencia su pico en el agua sin sacarle al instante como otras muchas aves. Probablemente tiene la facultad de hacer subir la bebida por una especie de succion. Por fin, conserva ese movimiento atropellado del pico aun cuando no coma ni beba, y viénele sin duda